



CUADERNOS DE MARCHA

IDEAS II

PUBLICACION ESPECIAL / JULIO-AGOSTO 1998 - URUGUAY\$ 40 - ARGENTINA \$ 4

HISTORIA DE LAS IDEAS / MENTALIDADES / SENSIBILIDAD

La Generación del 98
en su centenario

MACHADO Y PIO BAROJA

Joaquín María de Arístegui y Petit

Arturo Ardao

Carlos Vargas

Guillermo de Torre

Segundo Serrano Poncela

José Bergamín

Roberto Ibañez

Jorge Arbeleche

Suleika Ibañez

Ana María Rodríguez Villamil

Josefina Carabías

María Angeles Pérez López

Auspician:

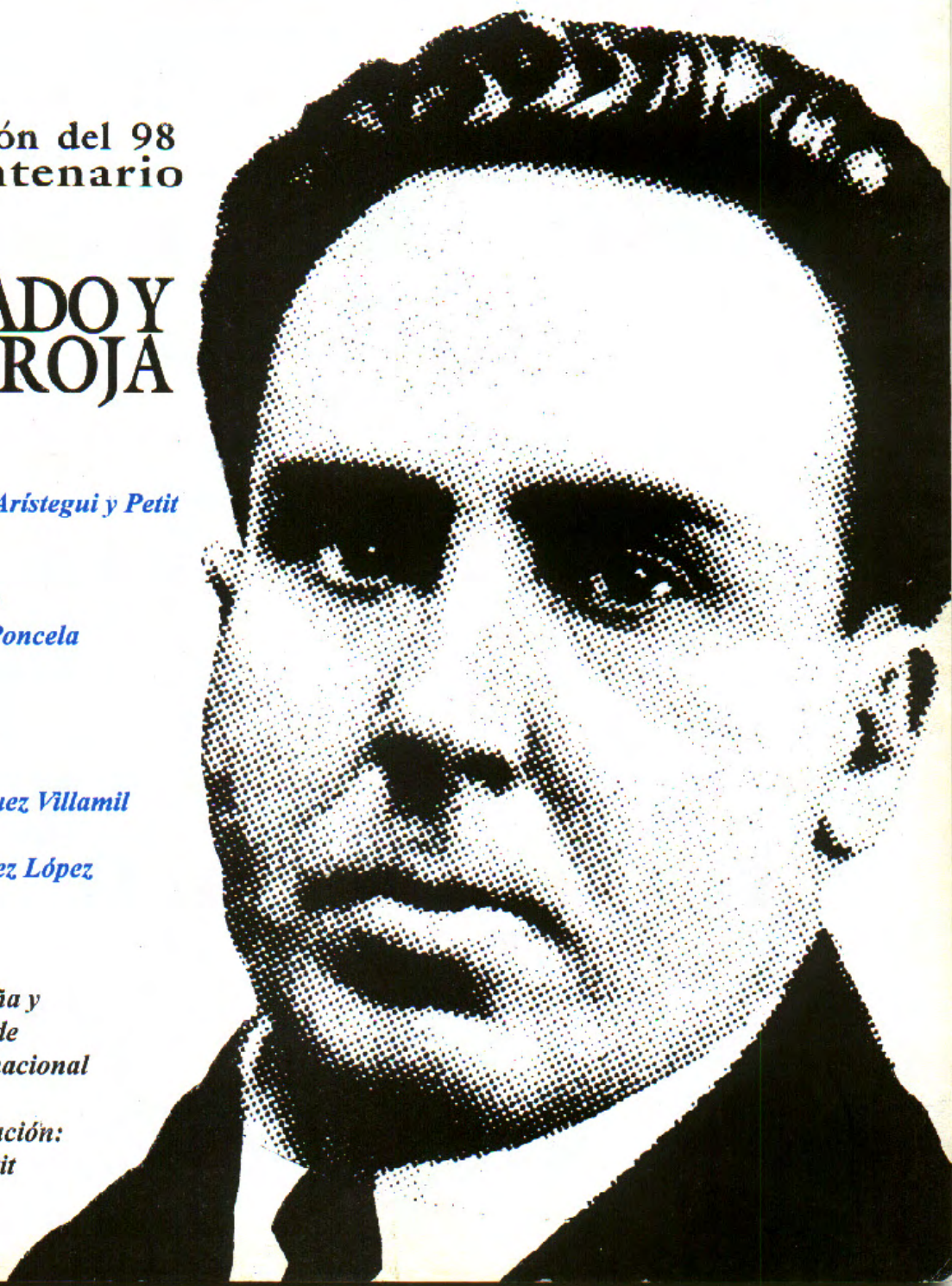
Embajada de España y

Agencia Española de

Cooperación Internacional

Proyecto y coordinación:

María Angélica Petit



ANTONIO MACHADO, POETA, FILOSOFO, HOMBRE

ARTURO ARDAO

No siempre la pública recordación de un aniversario biográfico, extraído de la historia de la cultura, tiene, o tiene que tener, significado de homenaje. Puede este significado estar ausente entre las tantas razones de objetividad científica o académica capaces de justificar aquella recordación. No ha sido éste el caso de la conmemoración uruguaya de los treinta años de la muerte de Antonio Machado. Es el sentido, y más que el sentido, el sentimiento del homenaje, lo que en la ocasión ha guiado y caldeado las severas, y por cierto sobradas, motivaciones de orden histórico y cultural. Tanto que, traspasando los muros de aulas y paraninfos, la celebración ha resultado ser, no ya universitaria en sentido estricto, sino popular.

Dicho sea así, a secas: popular. Nada fuera más grato al espíritu de Machado. Él, que precisamente en el enigma de la palabra, de las palabras, buscaba con ahínco, mucho más allá de las retóricas y filologías, las claves metafísicas de la realidad del mundo y de la existencia humana, tuvo por esa de "popular", a lo largo de toda su vida, un devoción que, de llamarla de algún modo la llamaríamos, ya que hemos dicho devoción, sagrada. Sagrada devoción, infundida por la no por laica menos profunda religiosidad con que sentía, amaba e invocaba al pueblo. Era ésta de "pueblo", a su vez, viviente palabra que prefería a cualquier otra para nombrar lo mejor de la especie, en su misterioso ascenso desde los oscuros orígenes zoológicos. Devoción, fidelidad e identificación que mantuvo hasta la muerte física, interpuesta en un alto de la trágica caravana emigrante de la república, transitoriamente vencida.

Homenaje popular éste, el espíritu universitario participa en el mismo como parte inseparable que él es del espíritu del pueblo. Grato fuera esto también al de Machado. Dijo una vez por boca de Juan de Mairena: "Mas yo quisiera dejar en vuestras almas sembrado el propósito de una Escuela Popular de Sabiduría Superior. Y reparad bien en que lo

superior no sería la escuela, sino la sabiduría que en ella se alcanzase". Rendir homenaje a Machado fundiendo elementos intelectuales y emocionales, puede ser un ejercicio colectivo de preparación para esa forma de sabiduría superior, a la vez que popular, que él postuló tanto como practicó.

La espontaneidad de este homenaje, o de estos homenajes, no se explica sólo, sin embargo, por la excepcional jerarquía de la obra y por el hondo sentido que de lo popular tuvo el autor. Además de eso, y por encima de eso, se explica, creemos, por la atracción, tanto más poderosa cuanto más pasa el tiempo, del carácter humano que Machado encarnó. Como hombre, el más enterizo, el más auténtico, el más puro, queremos decir sencillamente, el mejor—repetimos, como hombre, y agregamos, como hombre ejemplar, en el menos adocenado de los sentidos de esta expresión— de todos los escritores que formaron la gran generación española del 98, tan rica en valores humanos.

Esa explicación resulta especialmente confortante, en oportunidad de evocar a Machado en un aniversario de aquella su muerte, que todavía nos conmueve. Porque el sentido de su hombridad personal anduvo en él siempre ligado al sentido de su muerte también personal. A lo largo de su vida, al igual que en sus últimos días, lo acompañó el dolor, o, para decirlo con palabra más suya, la pena. Debí,

Rendir homenaje
a Machado
fundiendo
elementos
intelectuales y
emocionales,
puede ser un
ejercicio
colectivo de
preparación para
esa forma de
sabiduría
superior, a la vez
que popular, que
él postuló tanto
como practicó.

sin embargo, sentir en los postreros destellos de su conciencia, más que la serenidad del justo, la alegría, precisamente la alegría, de haberse realizado hasta el fin —viejo sueño suyo— como hombre cabal.

En los primeros lustros del siglo, en su célebre *Retrato*, había escrito:

*...Dejar quisiera
mi verso como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.*

Y al término de su existencia, en uno de sus poemas de la guerra civil, el dedicado "A Lister, Jefe de los Ejércitos del Ebro", quiso poner, desde el naciente a la desembocadura del río encrespado de hazañas, "de monte a mar", esta palabra suya:

*Si mi pluma valiera tu pistola
de capitán, contento moriría.*

Pudo y debió Machado morir de algún modo contento, sublimando las penas y penalidades del desastre, a la hora de aquel su final, lleno de humildad pero también de grandeza, en un perdido pueblito del sur de Francia. ¿Cómo no asistirle entonces la certidumbre del valor de su pluma —doble valor, por valiosa y por valerosa— manejada toda su vida por mano no menos viril que la de los capitanes del pueblo? Lúcido como era, esta certidumbre y por tanto aquella suerte de alegría moral, no pudieron faltarle. Y si las anhelaba de antiguo para la hora de la muerte, era porque de antemano estaba ya tendida —tensa— la heroica voluntad de alcanzarlas.

"Mi verso", había dicho en el lejano "Retrato" arriba citado; "mi pluma", dice después. Deliberada o no, la variante traducía el enriquecimiento producido entretanto en el escritor Machado, con la decisiva adición, en lo formal, de su prosa a su poesía. Adición decisiva, porque desde que ella acontece resulta imposible concebir, no ya al propio Machado sólo como poeta, sino a su misma poesía separada de su filosofía. No es que, en su caso, el verso exprese por un lado al poeta, y la prosa, por otro, al filósofo. Al promediar la segunda década del siglo, el filósofo que siempre había habitado en él, inicia una lenta pero segura progresión hacia los primeros planos de su espíritu. Como consecuencia, su poesía se impregna cada vez más de esencias filosóficas, en tanto que, paralelamente, surge su filosofía en prosa, impregnada a su vez de esencias poéticas.¹ El resultado vino a ser, para la historia del

genio hispánico, el doblado de uno de sus poetas más grandes en uno de sus pensadores también más grandes.

Contra el reconocimiento de Machado filósofo, que es tanto como decir de Machado integral, distintos factores han conspirado: su temprana celebridad de poeta eminente; el inveterado prejuicio, en ciertos sectores, de la diversidad radical entre filosofía y poesía, que ha hecho no menos estragos, valga la paradoja, que el prejuicio de signo contrario de la diversidad radical entre filosofía y ciencia; la sutileza, a la vez que la llaneza, y todavía la concisión, con que deslizó en sus poemas meditaciones profundas sin marchitar la lozanía de su lirismo; la ficción literaria de que revistió su prosa filosófica, con la genial creación de los apócrifos profesores Juan de Mairena y Abel Martín, por quienes dice o contradice, según fuera el caso, su propio pensamiento; la superior ironía con que expresa a ese pensamiento, y que resulta, por una parte, del solo recurso a aquellos apócrifos, por otra del infalible humor eficazmente alternado con la gravedad; la forma dispersa y sólo en apariencia inconexa con que expuso sus ideas por medio de "sentencias, donaires, apuntes y recuerdos", como él dijo —salpicando aforismos, diálogos, versos, fragmentos de supuestos discursos, añadimos nosotros— modos, todos ellos, de aquella misma ironía; en fin, la oscuridad con que todavía se presentan muchos aspectos de la formación y desenvolvimiento de su personalidad de pensador, que rompe muchos de los habituales esquemas del cuadro generacional del 98.

Orígenes, etapas, influencias ajenas y aportaciones propias, todo aparece rodeado de problemas a propósito de la conciencia filosófica de Machado. Formado en su adolescencia y juventud madrileñas en la célebre Institución Libre de Enseñanza que animara Francisco Giner de los Ríos, conservó de su histórico espíritu krausista, el temple ético y la religiosidad laica. Nada más, acaso, aunque no fuera eso poco, porque huellas de la concepción del conocimiento y de las categorías metafísicas de la escuela de Krause, agotada definitivamente en España al pisar el 900, no se encontrarán ni aun en sus primeras producciones. Bordeando la treintena, en el tránsito de las centurias, lo capta una onda de pensamiento cuyo impulso lo llevará, hasta el final de

¹ Después de su traslado a Baeza, en Andalucía, desde Soria, en Castilla, hacia 1912; ese traslado siguió a la temprana muerte de Leonor, su esposa, pérdida que dejó honda huella en el espíritu del poeta.

su vida, por una línea de pensadores que le sirven de sucesivas apoyaturas para la reflexión propia sin identificarse con ninguno de ellos: Schopenhauer, Nietzsche, Bergson, Unamuno, Husserl, Scheler, Heidegger. Para todos ellos, expresiones admirativas; pero acompañadas de reticencias, cuando no de declaradas y hasta hostiles reservas.

La tentación de explicar a Machado por Bergson ha sido muy poderosa, habida cuenta de su tan subrayado temporalismo poético y filosófico, muy anterior a la insurgencia de Heidegger. Habida cuenta también de su frecuente recurso a tópicos bergsonianos como la distinción entre tiempo psíquico y tiempo matemático, el contraste entre la corriente de la vida y las realidades inertes, o la oposición entre las intuiciones del saber vital y los conceptos lógicos del lenguaje articulado. Habida cuenta aún, del curso que en París le siguiera a Bergson en los años 1910-1911, episodio que le plació evocar.

Es cierta —y sin duda la mayor de cuantas experimentara— la influencia en él del maestro del Colegio de Francia. Inalterable, por otra parte, permaneció su reconocimiento del gran papel que le cupo a éste como inspirador directo o indirecto de las grandes renovaciones filosóficas del siglo. Bastaría recordar estas palabras suyas, datadas en Valencia, en 1937, o sea, en plena guerra española y poco antes de morir: *"Como escuela filosófica dominante aparece, en la Alemania de postguerra, la fenomenología, ya iniciada por Edmundo Husserl, un movimiento intuicionista, que pretende partir, como Bergson, de los datos inmediatos, originales, irreductibles de nuestra conciencia, y que alcanza con Heidegger, en nuestros días, un extremo acercamiento al bergsonismo"*. A lo que agregaba: *"Para penetrar y hacer cordialmente suya esta filosofía de Heidegger, Mairena, por lo que tenía de bergsoniano, y, sobre todo, de poeta del tiempo —no precisamente el suyo— estaba muy preparado"*.

Pero se equivocaría quien considerara a Machado, sin más, un bergsoniano. Ya en 1913 —repárese en la fecha— ironizaba a costa del francés. En el "Poema de un día", del que se ha dicho con razón que es el primero suyo en que la lírica pura empieza a ceder ante la filosofía —poema, por otra parte, dicho sea de paso para poner las cosas en su punto, tan tocado de bergsonismo—, en este poema, este alfilerazo:

Enrique Bergson: Los datos
inmediatos
de la conciencia. ¿Esto es
otro embeleco francés?

...y en cuanto a Kant, elogiando... la belleza de la *Crítica de la Razón Pura* como poema lógico, se sintió distante suyo, por su modo de filosofar tanto como por las tesis mismas

*Este Bergson es un tuno,
¿verdad, maestro Unamuno?
Bergson no da como aquel
Immanuel
el volantín inmortal...*

No menos se equivocaría quien por ese ocasional tributo a «aquel Immanuel», lo considerara un adepto del neokantismo, del que a esas horas se había librado ya el propio Ortega. A los neokantianos, o «tornakantianos» como gustaba llamarlos, fue siempre adverso en la palabra de Mairena; y en cuanto al propio Kant, elogiando sinceramente la belleza de la *Crítica de la Razón Pura* como poema lógico, se sintió distante suyo, por su modo de filosofar tanto como por las tesis mismas.

Volviendo todavía a Bergson, por lo que tienen de clave sus relaciones con él, después de aquel poema de 1913 desliza un pasaje igualmente de desvío en el prólogo a la segunda edición de *Soledades, Galerías y Otros Poemas*, fechado en 1919. Refiriéndose al año 1903 en que apareció *Soledades*, dice: *«Ningún alma sincera podía entonces aspirar al clasicismo, si por clasicismo ha de entenderse algo más que el diletantismo helenista de los parnasianos. Nuevos epígonos de Protágoras (nietzschianos, pragmatistas, humanistas, bergsonianos), militaban contra toda labor constructora, coherente, lógica (...) Yo amé con pasión y gusté hasta el empacho esta nueva sofística (...)»* Es en nombre de la razón, de la lógica, que aparece ahí su alejamiento de Bergson. Pero lo más decisivo, en el mismo sentido, es un texto capital que publica en 1925 en la *Revista de Occidente*, «Reflexiones sobre la lírica», comentario a la poesía de José Moreno Villa. Haciendo la crítica del activismo irracionalista de la época, explicita allí, como en ninguna parte, aquella discrepancia.

Veamos algunos breves fragmentos: *«No puede ser lo humano definido hoy como ayer. Por lo pronto, el homínulo activo que fue todavía a la guerra europea, llevando a Zaratustra en la mochila y su propia definición en términos de ciego dinamismo, parece haber ya cumplido su Karma. No ha de ser él quien arrastre a aventuras espirituales. Podrá mañana dominar en las masas, perturbar el mundo, imperar en política, pero nunca en la minoría*

de conciencias que, en todo tiempo representan lo actual. Volverá a ser lo humano definido por lo racional.» A continuación de eso, tan significativo, lo siguiente: «La inteligencia sólo puede pensar — según Bergson — la materia inerte, como si dijéramos, las zurrapas del ser, y lo real, que es la vida (*du vecu- de l'absolu*), sólo alcanzarse con los ojos que no son los de la inteligencia, sino los de una conciencia vital, que el filósofo pretende derivar del instinto. En el camino hacia abajo del intelectualismo está Bergson, acaso, en el límite. Para refutarlo habrá que volver de algún modo a Platón, a afirmar nuevamente la posición teórica del pensar; porque la inteligencia pragmática no sirve para el caso. Con todo, conviene anotar esto: el hombre actual no renuncia a ver. Busca sus ojos, convencido de que han de estar en alguna parte. Lo importante es que ha perdido la fe en su propio ceguera. Supongamos por un momento que el hombre actual ha encontrado sus ojos, los ojos para ver lo real a los que nos referimos. Los tenía en la cara, allí donde ni siquiera pensó en buscarlos.»

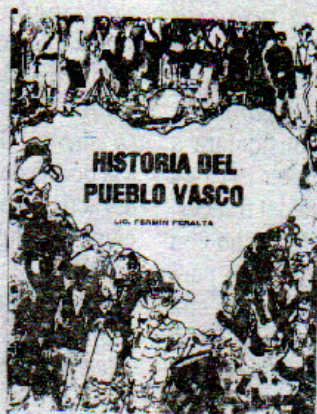
Texto capital, hemos dicho, en cuanto iluminante de la conciencia filosófica de Machado definitivamente constituida, a partir, pero al margen, de Bergson. Resulta iluminante, en la totalidad de su contenido, más allá de los fragmentos transcritos, tanto por lo que niega, los instintivismos y voluntarismos activistas, como por lo que afirma, la supremacía

cognoscitiva y ética de una razón no separada de la realidad, es decir, de la experiencia. Las «Reflexiones sobre la lírica» lo llevan a la reflexión sobre el hombre, a la defensa del hombre. Y ello a la hora en que el activismo irracionalista recomenzaba con el fascismo su trágica carrera política.

Ese esclarecedor deslinde filosófico respecto a Bergson —quien fue personalmente ajeno, bien sabido es, a las derivaciones políticas de sus doctrinas— establece además su deslinde respecto a Unamuno. Acentos unamunianos se encuentran en su obra, como se encuentran los bergsonianos. Mucho admiró y amó al maestro de Salamanca, según se revela tantas veces, desde el clásico elogio poético de 1905 por su *Vida de Don Quijote y Sancho*, hasta la despedida en prosa cuando su muerte, que pone fin a Juan de Mairena, pasando por aquellos versos del mismo «Poema de un día», de 1913, ya citado.

*Esa tu filosofía
que llamas diletantesca,
voltaria y funambulesca,
gran Don Miguel es la mía.*

Lo exaltó como campeón del sentimiento trágico y el fondo religioso de la vida, que él también sentía, aunque de distinta manera; lo exaltó igualmente como precursor de la metafísica existencialista, cuya preocupación por el radicalismo de la existencia



**g Libros
JUSSE**

GUAYABO 1562
TEL. 48 88 95 - 42 24 03
FAX. 41 81 25

humana compartía. Pero en definitiva, como en la relación con Bergson, por la afirmación cada vez más definida en Machado de los valores supremos de la razón, resultaron distintas sus milicias filosóficas, como distintas resultaron también sus milicias políticas, no obstante el largo trecho común de viejos republicanos. Curiosamente, Unamuno, adepto y propagandista del marxismo en su juventud, dentro de cuadros políticos partidarios, y prócer de la Segunda República, fue durante la guerra de España adversario de la causa republicana por considerarla caída en brazos marxistas. Machado, en cambio, que nunca perteneció al marxismo en ninguna de sus formas, se mantuvo, hasta el martirio, indeclinablemente fiel a su pueblo, el pueblo de la República, como asimismo a la imperiosa vocación socialista de ésta, vocación que comprendió y apoyó expresamente.

Al manifestarlo en un discurso dirigido a los jóvenes socialistas, en plena guerra civil —Valencia, 1937—, aclaraba con su limpidez y sinceridad acostumbradas: *«Desde el punto de vista teórico, yo no soy marxista, no lo he sido nunca, es muy posible que no lo sea jamás. Mi pensamiento no ha seguido la ruta que desciende de Hegel a Carlos Marx. Tal vez porque soy demasiado romántico, por influjo, acaso, de una educación demasiado idealista, me falta simpatía por la idea central del marxismo: me resisto a creer que el factor económico, cuya importancia no desconozco, sea el más esencial de la vida humana y el gran motor de la historia.»* El registro de tales palabras, coincidentes con otras suyas de distintas épocas, era imprescindible en este esbozo de determinación de las coordenadas filosóficas de Machado.

Cuando habla allí del posible influjo de «una educación demasiado idealista», ¿se refiere a la lejana, recibida en la krausista Institución Libre de Enseñanza bajo el patronato de Giner de los Ríos? Cabe suponerlo. En todo caso, nada tuvo que ver, en ningún momento, con el idealismo hegeliano o neohegeliano, reuniendo más de una vez en el mismo enérgico rechazo crítico a las tres grandes metafísicas poskantianas de Fichte, Schelling y Hegel. En cuanto a la admirativa mención de Platón que aparece en el texto de 1925 arriba citado, no era una referencia de oportunidad, y menos un recurso retórico. Numerosos pasajes de su prosa filosófica lo aluden, como en general a los griegos, a partir de los presocráticos. Reflexionó profundamente en torno a la antítesis eleático-heracliteana. No amó a Aristóteles, lamentando muchas veces, en su devoción por la figura profética y humana de Jesús, que la escolástica hubiera

enterrado, o querido enterrar, en él al Cristo. Su atracción por Platón, en cambio, es constante. Sólo que el nombre de Platón envolvía para él el de Sócrates, saludando en el episodio socrático-platónico, no la metafísica idealista de las ideas, que subalternizaba el mundo de los sentidos, sino la fundación definitiva del pensar lógico, de la razón humana.

Del así entendido racionalismo de Machado, derivan en línea directa, sin que haya contradicción en ello, la rigurosa lógica de Mairena, sorprendente en pluma que se iniciara en la poesía intimista, y el escepticismo que a la vez sustenta en el campo del conocimiento. Mucho cabría hablar de este escepticismo creador, tan cargado de gravedad como de ironía, que no era ni el clásico escepticismo sistemático ni menos el metódico escepticismo cartesiano. Una filosofía, más que de la duda, de las dudas, llevada del agnosticismo religioso a la metafísica como hipótesis, y ligada a un programa de reforma de la lógica y del concepto de verdad, por la afirmación de la creencia en el sentido de fe racional.

Esa filosofía del conocimiento se encaraba intrépidamente con los grandes temas ontológicos del ser y la nada; el tiempo, experiencia radical de la vida humana; la muerte; y todavía, Dios, «el Dios que se lleva y que se hace». Recién ahora se estaría en condiciones de entrar en los contenidos más personales del pensamiento de Machado, establecido, bien que sea en sus grandes hitos, el itinerario que conduce a su verdadero recinto. En ese itinerario no se podría en ningún momento separar filosofía y poesía, cuya relación, después de darse de hecho en la carrera vital del escritor, se convierte en reiterado tema de reflexión en su prosa filosófica.

Se echa de menos en el pensamiento teórico de Machado la comprensión del espíritu científico, aplicado a la naturaleza y a la historia. Tanto como la de aquella, se halla ausente la meditación de ésta, apenas mentada en referencias genéricas. No le fue necesaria, sin embargo, para situarse y comprometerse en el torbellino de la historia de su tiempo, para saber cuál era el sentido de la progresión humana, de la emancipación humana. Y aquello que llamó su meditación «sobre los enigmas del hombre y del mundo», meditación fundamentalmente metafísica, nos queda hoy, de todos modos, como precioso tesoro para darnos la visión unificadora de su personalidad integral. De poeta, filósofo, hombre. ♦

© CUADERNOS DE MARCHA, No. 25, mayo de 1969, pp. 9-13. Número de homenaje a Antonio Machado a los 30 años de su muerte. ♦